

Entrevista

M^a ROSA MARCHENA GÓMEZ

“La educación es un bien que no puede excluir a nadie”

ANA COBOS CEDILLO

El último libro de Rosa Marchena, *El aula por dentro. Cómo mejorar su gestión y organización*, publicado por Wolters Kluwer Educación (2009) presenta un fiel retrato de la vida en las aulas.

Se trata de un profundo análisis, cuya mirada crítica nace de las mismas entretelas del proceso de enseñanza-aprendizaje. De este modo, también en el libro constantemente se entremezclan narrativas racionales y emocionales en torno a la Didáctica y la Psicopedagogía.

¿Cómo surge la idea de este libro?

El punto de arranque se produjo cuando un grupo de docentes me permitió acceder a sus aulas para observar desde la práctica cómo se gestionaban y organizaban sus clases. En ese momento estaba elaborando una investigación, mi tesis doctoral en concreto. Fruto de este estudio, reuní un abundante material en el que quedaron registradas de manera narrativa más de 100 horas de docencia de muchos profesores. Dado el interés de cara a la práctica que reunían esos registros narrativos, se consideró que podría ser analizado y comentado por otros compañeros. Con este propósito, un día se decide empezar a ponerlo a la disposición de casi 200 profesores y profesoras. Lo que ellos analizaron, comentaron o propusieron mientras leían esas sesiones de clase registradas, se recogió y se examinó. Se contrastaron sus aportaciones con diversos referentes teóricos y se estructuró de manera más o menos clara toda la información que fue derivándose. El resultado final es el libro que ahora tienen en sus manos. Aunque, como podrán observar, dados los límites de extensión que suelen aplicarse a una publicación de estas características, solo se han construido las argumentaciones vertidas en torno a tres sesiones de clase.

El método de investigación que ha utilizado es la observación directa en el aula, ¿cómo reacciona el profesorado ante su propuesta?

Entrar en un aula suele percibirse por parte de muchos profesores como la ocupación de un espacio concebido como jardín prohibido. Cuando se inició nuestra investigación y lanzamos esa petición a los centros, los profesores eran en su mayoría un tanto escépticos. Incluso al principio yo llegué a pensar que estábamos ante una tarea imposible. Aunque poco a poco, siempre de manera voluntaria, se agregó un grupo considerable a ello. Es verdad que



“Hablar del principio de inclusión es hablar de cambios, de mejoras. Con este enfoque es evidente que la gestión y la organización del aula deben mejorar”

la inquietud del profesor ante la perspectiva de ser observado está unida a sus sentimientos de orgullo profesional. Pero este sentimiento surge, sobre todo, cuando la observación la percibe el docente como un acoso constante, por ejemplo, del director o del inspector. Entrar en el aula para “comprobar” si se está haciendo algo determinado, suele irritarnos a todos. En nuestro caso solo queríamos entrar para acercarnos a un escenario de lujo del que sabíamos que se iban a generar ideas muy útiles para todos. Las prácticas propias y las de los compañeros constituyen una rica base de conocimientos para avanzar en la mejora de las clases. Qué de cosas aprendí yo en esa fase. De todos los profesores y profesoras que observé, de todos sin excepción, recogí modelos de actuación válidos para una clase.

¿Qué diferencias ha encontrado en el interior de las aulas del siglo XXI con respecto a las del siglo XX?

Hasta muy a finales del siglo XX nuestras aulas han estado definidas por toda una serie de

prácticas organizativas considerablemente selectivas. Algunos recordarán, por ejemplo, cuando a los 10 años se hacía pasar al alumnado una prueba de ingreso. No podían cometer más de tres faltas de ortografía ni fallar en lo que se consideraban las reglas básicas del cálculo. Solo al brillante grupo de estudiantes que lo superaba se le abrían las puertas del llamado entonces Bachiller Elemental. Si hiciéramos esto hoy en día, está claro que nos quedaríamos sin alumnos. Es evidente que con aquellas prácticas, los profesores no necesitaban conocer estrategias para motivar. El alumnado que pasaba a ese Bachiller era excelente. Muchos profesores, con nostalgia y razón, explican que eso sí que eran alumnos de verdad. Efectivamente, el aprendizaje de esos alumnos, sobre todo en la llamada Enseñanza Media, era de calidad. Pero, atención, solo los que quedaban. Los docentes que pudieron tener la suerte de impartir clases en esas condiciones fueron afortunados. Sin embargo, la sociedad no lo fue. Detrás de ese placer didáctico que se vivien-

ció en esas aulas crecía un inmenso grupo de excluidos a los que la igualdad de oportunidades no les llegaba. Solo si dejábamos de mirar hacia ellos, podíamos decir que el éxito en el aprendizaje era algo cotidiano en los institutos. La exclusión seguía siendo, por tanto, el secreto de este avance. Hemos llegado ahora al siglo XXI y nos encontramos con aulas -durante la etapa obligatoria- en las que están todos, sin excepciones. Esto, lejos de incomodarnos, debe hacernos sentir mejor. La educación es un bien que no puede excluir a nadie.

Principios como la inclusividad, ¿podrían mejorar su puesta en práctica desde la gestión y organización del aula?

Hay que entender bien lo que significa el principio de inclusión. Deriva de la educación inclusiva, corriente nacida en el ámbito internacional en los años 90. El objetivo principal que persigue es garantizar una escuela sin exclusiones, pero no solo a los chicos con discapacidad, sino a todos. Pero claro, para conseguir la no

Perfil

Profesora del Departamento de Educación de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria; Doctora en Psicopedagogía. Su línea de investigación principal se centra en la Educación Inclusiva y en las repercusiones que desde un aula se deben hacer para favorecer esta corriente educativa. Antes de acceder a la universidad, ha impartido docencia en todos los niveles educativos, desde la Educación Infantil hasta Bachiller. Se le ha concedido el Premio a la Labor Docente como mejor profesora del área de Humanidades de la ULPGC. Es autora de varios libros y artículos, entre los que podemos señalar, además del último publicado en Wolters Kluwer Educación (*El aula por dentro. Cómo mejorar su gestión y organización*), los siguientes: *Atención a la diversidad en el aula: la clase de inglés* (2009); *La interacción alumnado/profesorado, clave para la mejora del clima de aprendizaje en el aula* (2007); *Diversidad y estudiantes universitarios: perspectiva obligada desde la convergencia europea* (2007); *Mejorar el ambiente en las clases de Secundaria* (2005); *El ambiente en las clases de matemáticas y la respuesta a las diferencias individuales* (2005); etc.

exclusión, es evidente que la escuela tiene que cambiar. Las aulas estaban impregnadas de prácticas que solo eran válidas cuando acudían a clase los mejores. Por tanto, desde la educación inclusiva se advierte que no se trata de integrar a los niños y niñas apoyándolos para que participen en la escuela, sino que se trata de reestructurar la escuela para que participen esos niños. Hablar del principio de inclusión es, en consecuencia, hablar de cambios, de mejoras. Con este enfoque, es evidente que la gestión y organización del aula debe mejorar

En su libro dice que en el aula una cosa es gestionar la clase y, otra, enseñar al alumnado. ¿Dónde situamos la Didáctica? ¿y la Psicopedagogía?

Gestionar una clase es prever y poner en marcha los procedimientos necesarios para establecer y mantener un ambiente en el que se pueda dar la instrucción y el aprendizaje. Pero cuidado, esto no debe interpretarse pensando que la gestión es algo así como un prerrequisito para la enseñanza. Si lo hacemos, estaríamos asociándola solo al control de la disciplina. Cuando entras en un aula,

gestión y enseñanza, lejos de ser dos conceptos sucesivos e independientes, están estrechamente ligados porque el aula es como un ecosistema, todo está relacionado. Podemos conseguir una clase bien gestionada a la vez que estamos enseñando, eso sí, siempre que lo hagamos a través de prácticas didácticas innovadoras, motivadoras, poniendo en marcha recursos del campo de la psicología y la pedagogía. Hemos visto grupos con profesores que desarrollaban estrategias en esa línea y los alumnos disminuían considerablemente sus comportamientos disruptivos. Por el contrario, ese mismo grupo, ante otro profesor que trataba de explicar un tema leyendo en alto, por ejemplo, una larga y pesada fotocopia, conseguía un dislocado ambiente en el que casi ningún alumno le hacía caso. En función de esto, una buena formación didáctica y psicopedagógica en el profesorado, es obvio que está poniendo las bases para aprender a gestionar un aula a la vez que se enseña.

Como profesora en la Facultad de Ciencias de la Educación, ¿considera que el profesorado adquiere en su formación inicial las suficientes herramientas psicopedagógicas para trabajar como docente en las distintas etapas educativas?

Hasta la fecha, tal como estaban estructurados los planes de estudio, creo que en Educación Secundaria la Administración se olvidó de formar al profesorado. En cuanto a Magisterio, la preparación no ha sido brillante, pero algo se ha hecho. Quizá se ha adolecido de una mayor aplicación a la realidad del aula. Alumnos míos de la Facultad, cuando han ido al *practicum*, me han comentado que han visto todo muy diferente a como se lo han contado. Es verdad que los profesores universitarios, si nos descuidamos, podemos quedarnos desconectados de la realidad y encerrarnos demasiado en los despachos con el riesgo que eso conlleva a la hora de desarrollar unas competencias profesionales a nuestros estudiantes. Es básico que sepamos incorporar a investigaciones y estudios que nos proporcionen esa conexión al eslabón que llamamos la práctica. Con los nuevos planes del Espacio Europeo no sé yo si vamos a cambiar tantas cosas que son necesarias. En ocasiones me entra cierto pesimismo pedagógico. Por lo pronto el número de créditos dedicados al *practicum* ha subido. Pero claro, eso no es suficiente. Entre otras razones porque no hay garantía de que estén observando prácticas correctas en las clases a donde acuden. A su vez, no suelen tener

una perspectiva crítica lo suficientemente desarrollada. Incluso hay autores que advierten que aunque el futuro maestro observe prácticas no adecuadas, su deseo de no asumir riesgos y de ser incluido en la cultura que impera en los colegios, le lleva a aceptar como válido lo observado.

Dice en su libro que, en la práctica, “aprendemos a gestionar y organizar el aula por ensayo y error” y “de forma aislada”. Todo este aprendizaje constituye el capital profesional docente, puesto que hacemos teoría desde la propia práctica. ¿Qué podríamos hacer para recuperar ese capital profesional y reinvertirlo en la formación de futuros docentes?

Los profesores trabajamos muy aislados, siempre con la puerta cerrada. Sin embargo, cuando así lo decidamos, podríamos constituir lo que algunos autores denominan una *comunidad de práctica*. Esto no es más que un grupo social fuertemente participativo entre sí, especializado en una práctica -en nuestro caso, la de dar clases- de cuyo trabajo surge un producto que, para nosotros, es la educación de los alumnos. Pero esa *comunidad de práctica* tendría la gran ventaja de que sus miembros pueden aprender unos de otros. Y esto es lo que nos falla a nosotros. Yo nunca he visto cómo explican mis compañeros, cómo mandan callar, cómo consiguen que les atiendan. Los cirujanos, por ejemplo, forman auténticas *comunidades de práctica*. Aprenden observando cómo operan sus compañeros, las intervenciones son grabadas y puestas a disposición para comentarse en las sesiones clínicas. Los dependientes de los grandes almacenes, aprenden unos de otros observándose. ¿Nos dejaríamos nosotros grabar las clases? ¿Estaríamos preparados para que entrase en nuestra aula cualquier compañero durante una sesión? Me temo que este ideal todavía está lejos para algunos, pero no cabe duda que debe ser el horizonte que nos debe guiar. Solo así sentiríamos menos aislamiento en el trabajo, dejaríamos de hacer las cosas por ensayo-error y la formación docente avanzaría con pasos de gigante.

Imagine un documental titulado *Cómo formar un buen docente*, ¿cuál sería su guión?

Diseñaría un reportaje lleno de imágenes en las que viésemos la realidad del aula en su puro esplendor, como solo la ve el que pasa cinco horas diarias con 25 chicos y chicas de una intensa diversidad. En el papel de profesor pondría a una persona entusiasta, comunicativa, interactuando de manera comprensiva con sus estudiantes. Me daría igual



“Una buena formación didáctica y psicopedagógica en el profesorado es obvio que pone las bases para aprender a gestionar un aula a la vez que se enseña”

su sexo o su edad. Por lo que he podido ver dentro de las aulas, los años y el género son variables que no necesariamente anticipan nada en la docencia. Ante las imágenes de esa clase en vivo, siguiendo con este documental, iría intercalando segmentos de actividades formativas destinadas al perfeccionamiento del profesorado. Se comentarían y se irían contrastando con las situaciones que se producen en el aula. A partir de ello, podríamos ir estableciendo qué aspectos o conocimientos de los impartidos en las tareas formativas serían pertinentes para resolver las situaciones vivas, inesperadas, inmediatas, simultáneas, que en esas aulas se están produciendo. Al hacerlo así, es posible

que descubriéramos las auténticas necesidades formativas de los profesores y profesoras y, cómo no, los contenidos caducos, las informaciones “de moda” que poco están contribuyendo a la mejora docente y que cada reforma educativa trae consigo y, por supuesto, también descubriríamos las teorías y prácticas que son imprescindibles en la formación.

¿Podrían rentabilizarse los y las profesionales de la Orientación, en cuanto a especialistas en Psicopedagogía en los centros, para la mejora de la gestión y organización de las aulas?

Un psicopedagogo tiene muchas funciones que cumplir en la

mejora de la gestión y organización de las aulas. Pensemos que, en teoría, son profesionales competentes para aplicar conocimientos tanto desde la Psicología como la Pedagogía. La gestión y organización moviliza referentes de ambas disciplinas. No obstante, es muy importante que se adentre en la dinámica de un aula, que entre en estos espacios. Estar comprometidos en impartir algunas horas de docencia en los centros o haber ejercido como maestros o profesores durante un tiempo, son experiencias laborales que le van a beneficiar muchísimo. Los claustrales suelen criticar mucho a estos profesionales cuando dan pautas sobre gestión de aula y detrás hay una carencia de estas experiencias. Hasta cierto punto, llevan razón.

Desde su punto de vista, tras haber observado el interior de las aulas, ¿cuáles serían las claves para mejorar la calidad del sistema educativo español?

En la mejora del sistema educativo están implicados demasiados factores. Es obvio que no es solo el profesorado el que tiene que hacer todo el esfuerzo. La sociedad debe ayudarnos. Es tremendamente difícil transmitir valores de esfuerzo, responsabilidad, buen comportamiento, si los medios de comunicación, por ejemplo, no se sitúan en la misma línea. Los jóvenes de hoy en día son adictos a muchos programas de TV superficiales, agresivos, en donde se prima la ley del mínimo esfuerzo. Ahora bien, eso no quita que cuando nos planteemos reflexiones sobre esos índices de fracaso tan altos en que se sitúa España, pongamos en tela de juicio también lo que hace un profesor dentro del aula. Recientemente la Administración está proponiéndose potenciar en las escuelas la cercanía a la lengua extranjera y la presencia de un profesorado nativo para mejorar el aprendizaje del inglés. Hasta ahí, todo perfecto. Pero en ningún momento se hace alusión a la necesidad de revisar las metodologías y las prácticas que se están desarrollando en las aulas. ¿Es que no hace falta cuestionarse si cuando los profesores de esta materia cierran la puerta de la clase están trabajando en la línea adecuada? Desde las investigaciones que yo he hecho, les aseguro que no predominan las prácticas más acordes. Están emergiendo evidencias científicas que demuestran lo que les digo. Eso sí, también sabemos que existen grupos de profesores que lo están haciendo con un esmero infinito. La mejora de los sistemas educativos, entre otras muchas cuestiones, pasa por tener en cuenta lo que ocurre en un aula por dentro.

El arte de enseñar

Un dilema: enseñanza, ¿arte o ciencia?

La enseñanza tiene mucho de ciencia pero también considerables trazas de arte, de creación, de subjetividad. Enseñar es seguir pautas y procedimientos científicos demostrados ampliamente desde las ciencias humanas y sociales. Pero, a la vez, hay también un espacio para la improvisación, para el modular, para crear. Las

cosas que ocurren en un aula suceden tan rápido que a veces no hay tiempo ni de pensar. Hay un autor que dice que enseñar se parece mucho a la improvisación de un concierto de jazz. Cuando planificamos una clase con todos sus elementos curriculares dispuestos, solo hemos hecho una parte. La planificación no acaba cuando se inicia una sesión. Las decisiones más importantes se to-

man conforme evoluciona una clase. Y es aquí el punto de encuentro con lo que algunos llaman arte. Aunque a su vez, si analizamos y reflexionamos posteriormente sobre esas “actuaciones artísticas” que a veces emergen sin pensar, es posible que de muchas de ellas surjan nuevos postulados epistemológicos sobre los que investigar científicamente.